



Guzmán García tras el nuevo signo

Por Sebastián Salazar Bondy

UNA verdadera sorpresa ha constituido la exposición de esculturas de Alberto Guzmán García: se trata de un artista con una concepción dinámica del arte, que toma la realidad como referencia para la creación de objetos que campean, debido a su tensión interna, a su espíritu profundo, a su voluntad entrañable, en el espacio. Bien dice Joaquín Roca Rey, de quien ha sido Guzmán discípulo, que el escultor obra como el agua, con pureza y constancia, sobre la materia a la que quiere transformar en imagen. Ello entraña un apartamiento de todo propósito de reproducción imitativa. Los ídolos que el artista contemporáneo se empeña fabricar se semejan más a ideas que a modelos cotidianos. Y aun cuando lo que concibe es una cabeza de caballo —como la hermosísima que el joven escultor expone en el IAC—, esa figuración elige la chatarra brusca y angulosa que absorbe del equino sólo su energía brutal, sólo su potencia animal, sólo su naturaleza íntima. La abstracción, en consecuencia, proviene de un afán, casi religioso, de crear signos mágicos nuevos perdurables.

Si bien Guzmán no se define —comienza ahora su carrera— y su estilo fluctúa todavía entre los pocos ejemplos que ha podido ver entre nosotros, es notoria su condición de "sculpteur de race", en quien se unen la vieja tradición peruana y su personal actualidad. Escultor para el cual, como instrumento de la época, el soplete y la soldadura no son extraños, sus obras son retratos de un tiempo en el que una música de fondo de máquinas y mecanismos crea el ambiente real, la atmósfera viva. Se le ve más cómodo retorciendo hierros hasta convertir su sustancia hosca en ritmos de danza, compases detenidos, ondulaciones duraderas.

Guzmán ganó, hace poco tiempo, en un concurso cuyo resultado fue acremente discutido, el concurso de "La Marinera". Aquella vez, obligado por el encargo, sintetizó el gracil movimiento de la figura femenina en el baile, sin importarle la justeza folklórica. En la exhibición de ahora se advierte hasta qué punto lo que interesa a este artista es lo escultórico, que no puede ni debe ser documental. Todo en la muestra comentada habla por medio del lenguaje propio del volumen y la oquedad, del peso y el vuelo, de la forma y el aire que la rodea.

Después de esta exposición, Guzmán viajará a Francia, becado por el Gobierno de ese país, y estudiará la técnica de su oficio bajo la dirección de un maestro y en el amplio panorama de las galerías y los museos parisienses.

